

## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL CARDENAL DE LORENZANA.



VEDE gloriarse sin duda alguna la Primada iglesia de Toledo de haber contado en la numerosa serie de sus prelados, varones insignes en ciencias, política y virtud, estrellas luminosas cuyos fulgentes rayos, después de influir benéficamente en nuestro suelo, han traspasado á las veces los límites de su horizonte. Por confirmación de lo sentado no hay mas que abrir las páginas de la toledana historia, y veránse entre sus prelados á un Pisuerga, valiente y denodado caudillo; á un Rodrigo, primer historiador de España y terror del agareno; á un Albornoz, Mendoza y Tenorio, políticos insignes, y al franciscano Cisneros, mayor que todos ellos. En épocas mas recientes ¿quién no admira al sábio y humilde Siliceo; al perseguido Carranza, á Loaisa, Moscoso y Portocarrero, que han dejado luminosas huellas del tiempo que presidieron? pero hay uno posterior á todos, que admirado de la generacion pasada, lo es tambien de la presente, y lo será de las venideras; hablo del célebre *D. Francisco Antonio Lorenzana*, virtuoso prelado, Patricio eminente, y escritor infatigable, de cuyas acciones son mudos, pero irrecusables testigos, tantos suntuosos edificios, tantas y tan variadas obras, que su docta pluma á las veces, y otras su celo ardiente y cristiano hicieron salir de las prensas. ¡Gloriosos monumentos, páginas ilustres, que consagradas en el antiguo y nuevo mundo, eternizarán la memoria de tan insigne arzobispo, glorioso timbre de dos sillas primaciales!

Nació este prelado en Leon el 22 de setiembre de 1728, de noble estirpe y linage, de familia antigua, muy conocida en aquel reino. Con felices disposiciones y grandes adelantos aprendió las primeras letras en el colegio de la compañía, y luego la filosofía en el monasterio de benedictinos de Espinareda, y así ya preparado, en Salamanca caluego en Valladolid completó el estudio de los derechos y nónico y civil. Entró después en el colegio mayor llamado

*Segunda serie. — TOMO III.*

de Oviedo, del que á poco, siendo nombrado rector, corrigió algunos abusos y envejecidas corruptelas. Siendo ya presbítero emprendió la carrera de oposiciones, á prebendas, palestra muy comun en aquel tiempo, donde competían los mas privilegiados ingenios, y logró por este medio la doctoral de Sigüenza; de cuya iglesia, á propuesta del padre Rabago, confesor de Fernando VI, pasó de canónigo á Toledo, luego de dignidad con título de abad de S. Vicente, y posteriormente al deanato de la propia iglesia. Durante ese transcurso se dedicó con ahinco al descubrimiento de las antigüedades eclesiásticas, en prueba de lo cual ha visto el autor de este artículo notas y apuntes suyos marginales en varios libros de la biblioteca arzobispal, que antes fueron de su pertenencia, que muestran su laboriosa actividad, mas acreditada aun con la Disertacion que por aquella época compuso sobre el origen del rito muzárabe, la cual, junto con el Ritual de las horas menores de la propia liturgia, fue impresa en Puebla de los Angeles el 1770, y remitido de ella un ejemplar á Clemente XIV, fue tanto lo que gustó á ese erudito pontifice, que con fecha de 5 de diciembre del siguiente año escribió á Lorenzana un breve satisfactorio, mostrando el gran aprecio y opinion que hacia de sus talentos.

El 1761 fue presentado y obtuvo la mitra de Plasencia, y apenas convaliente de una enfermedad que contrajo en la primera visita de su diócesis, recibió la noticia de su promoción al arzobispado de Méjico el 1766 á donde se trasladó á poco tiempo, y no es decible la caridad y ardiente celo que mostró en aquellas dilatadas regiones, y los abusos que corrigió visitando con esposicion é indecible trabajo aquellos estensos páramos y vastas soledades de la diócesis inmensa confiada á su pastoral cuidado.

No contento con esto dispuso la celebracion del IV concilio provincial, habiendo consultado antes sobre este punto á Clemente XIV por carta que le escribió el 25 de octu-

30 de mayo de 1841.



bre de 1769, á la que contestó el pontífice, aprobando su intento, el 29 de marzo de 1570, y así despues de superadas muchas dificultades, se llevó á cabo el concilio el 1771.

Durante su permanencia en Méjico influyó mucho con la metrópoli para que se llevasen á cabo ciertas medidas útiles para el mejor gobierno de aquellas vastas colonias. Empleó las rentas de su dignidad en construccion de caminos, dotacion de hospitales y en otras obras públicas de notoria utilidad. Sus pastorales y edictos, en aquella época espeditos, son grandes modelos de oratoria que fueron impresos el 1769. Dió tambien á luz las Actas de los concilios provinciales mejicanos 1.º y 2.º que estaban ineditos, y luego posteriormente las del concilio 3.º que él presidió, y ambas obras se imprimieron y publicaron el 1770 en 3 volúmenes en folio; hizo tambien salir del polvo de los archivos, y publicar las Cartas originales del famoso Hernán Cortés, conquistador de aquel imperio, dirigidas á Carlos V, que forman la mejor y mas verídica historia de la ocupacion de aquellas regiones, añadiendo el sábio prelado á esta obra curiosas notas, documentos importantes, y varias láminas que contienen singulares antiguallas de aquel imperio, todo lo cual fue impreso en el mismo Méjico el 1770, en un tomo en folio.

No bien acabado el concilio provincial ya indicado, recibió Lorenzana la noticia de su promocion á la primada de las Españas, por fallecimiento de su antecesor D. Luis Fernandez de Córdoba, y con gran sentimiento de todos los pueblos de aquel continente se embarcó para tomar posesion de su nueva silla, lo que verificó el 12 de marzo de 1772, habiendo sido creado posteriormente cardenal el 30 de marzo de 1789, é inquisidor general y consejero de estado en julio de 1794. Elevado de este modo á un teatro mas brillante, fueron tambien en esta época mas notables los rasgos de su sabiduría, y las continuas muestras de su corazon, esencialmente benéfico.

Ningun prelado ha dejado tantos recuerdos en Toledo y su arzobispado del buen empleo de sus copiosísimas rentas. Díganlo sino los suntuosos edificios y multiplicadas obras públicas que han sido á sus espensas erigidas, y cuya exacta enumeracion haria largo en demasia este artículo, tales como los magníficos edificios de la Universidad y del Hospital de dementes, que le costaron mas de 15 millones de reales. La completa reedificacion del regío Alcázar, destruido desde las guerras de sucesion; la reedificacion de sus palacios de Madrid y Toledo, y de los demas edificios propios de su dignidad, dispersos por todo el arzobispado; la edificacion de nueva planta de la casa de caridad y fonda principal de Toledo; del hospital y Casa de caridad de Ciudad-Real; del convento de S. Juan de Dios; de un cuartel de bastante amplitud y comodidad, y de tantas iglesias parroquiales de su diócesis que debieron á su munificencia, unas el ser erigidas de nuevo, y otras el libertarse de una completa ruina y destruccion.

Celoso por los progresos de las nobles artes é industrias fabriles, trajo á su alrededor los mejores artistas que en todos géneros se conocian en España, sin perdonar gastos, y así logró embellecer la ciudad de Toledo y su catedral con obras singulares y del mejor gusto en pintura, escultura y arquitectura, tanto que no se dá un paso en Toledo sin que no se encuentre un recuerdo de su benéfico inflajo.

Deseoso de resucitar en esa ciudad las antiguas fábricas de sedas y lanas que tuvieron tanta nombradía en los pasados tiempos, planteó numerosos telares de toda especie en el interior del Alcázar, y valiéndose de los antiguos maestros, se ensayaron y llevaron á cabo producciones tan perfectas y acabadas, que á no ser por la desoladora guerra de la independencia, Toledo hubiera recobrado su antigua nombradía fabril, y desafiado á las mejores obras extranjeras.

Aun no se limitaba á esto la actividad del prelado. Era preciso en los inviernos y años de escaseces dar de comer al pobre, pero ocupándole al propio tiempo en obras útiles, que distragesen su vagancia; y de este pensamiento de tanto inflajo para las costumbres públicas provinieron tantas fuentes, caminos, puentes y calzadas que compuso ó hizo construir de nuevo, y tantas otras obras que inventaba, aunque no fuesen del todo necesarias para vaciar así sus tesoros en socorrer al pobre y al laborioso artesano.

Parece imposible que sus rentas, aunque cuantiosas, bastasen á sufragar tanto gasto y limosnas inmensas á casas de beneficencia, despues de los socorros sin cuento que fueron distribuidos á muchos miles de sacerdotes y regulares de ambos sexos, que victimas de la revolucion francesa y espulsos de sus dominios, hallaron acogida y recursos en la inagotable caridad de este prelado.

No contento con eso, y siendo al propio tiempo que benéfico un erudito ilustrado, compuso y promovió en toda esa época la impresion de muchas obras eclesiásticas que le darán un eterno renombre. En 1775 salió á luz á sus espensas en impresion lujosa la nueva edicion del Breviario gótico muzárabe, rito antiguo y venerable para nuestra iglesia española, habiendo ya quedado pocos ejemplares de la edicion primitiva que mandó hacer á principios del siglo XVI el cardenal Cisneros, habiéndose hecho esta última con vista de la primera, y de los antiquísimos códices manuscritos que posee la biblioteca del cabildo primado. Antecede á esta obra un prefacio lleno de erudicion, y una noticia exactísima sobre el canto eugeniano ó melódico sumamente curiosa. El 1779 se imprimieron y dieron á luz sus pastorales llenas al propio tiempo que de elocuencia, de piedad y de la mas pura doctrina.

El 1789 salió á la luz pública igualmente la interesante obra de la Coleccion de los padres toledanos, que comprenden las obras genuinas de Montano, S. Eugenio, S. Ildefonso, San Julian y S. Eulogio, con notas criticas sobre las verdaderas y supuestas disertaciones, biografias y esplicaciones de algunos pasajes oscuros, todo lo cual muestra la erudicion de este prelado, y comprenden dos grandes tomos en folio de lujosa impresion. El tercer tomo de esta coleccion salió á luz el 1793, y comprende todas las obras históricas del arzobispo D. Rodrigo con la descripcion de Ortiz del templo toledano, y otros varios opúsculos. Promovió á sus espensas la impresion de todas las obras de su paisano San Martin, canónigo reglar de S. Isidoro de Leon, que floreció en el siglo XII, sacadas por primera vez de un manuscrito original que se conservaba en aquel monasterio. Se imprimió esta obra en Segovia el 1782: comprende en 4 tomos todos los sermones del santo, y otros opúsculos con un catálogo exacto de sus obras, y á mas su vida sacada de la que escribió su contemporáneo D. Lucas de Tuy. Costó tambien la Coleccion de los concilios de España redactada por el P. Silvestre Pueyo, que salió en un tomo en folio el 1784, sin otro sinnúmero de obras que hizo reimprimir por conceptuarlas útiles á la ilustracion y mejora de costumbres, y otras innumerables que con grandes dispendios hizo se comprasen para enriquecer la biblioteca arzobispal que se erigió en su tiempo.

Pero no contenta la providencia con los resplandores que un astro tan luminoso habia difundido por todo el reino, es destinado Lorenzana á mision mas elevada, permitiendo el que todo lo dispone, que varias intrigas de corte, y la ambiciosa rivalidad de un valido motivasen la ausencia de sus ovejas, y encubriendo un simulado destierro, fue nombrado junto con Despuig y Damento, arzobispo de Sevilla, y Muzquiz, confesor de la reina, para acompañar y consolar al propio tiempo al papa Pio VI, que en aquellos azarosos tiempos se veia oprimido y despojado de sus



estados por las armas victoriosas de la Francia, dirigidas por el general Bonaparte, quien á pesar del tratado de Tolentino, puso en arresto al pontífice, y le precisó á salir de Roma el 20 de febrero de 1798, sirviéndole en aquellas circunstancias del mas firme apoyo la compañía del cardenal Lorenzana, quien estando en Sena recibió de Carlos IV el cargo de legado extraordinario cerca del mismo Pio VI y con ese carácter le acompañó hasta Florencia y Parma, en cuya ciudad tuvo que detenerse por orden superior, no sin gran pesar del anciano pontífice que veía su muerte próxima, como se verificó al fin en Valencia del Droma el 29 de agosto de 1799. Las circunstancias de su fallecimiento fueron azarosas, pareciendo casi imposible darle sucesor, en medio de la guerra y dispersion de cardenales; pero el grande Lorenzana, á quien la Providencia cometió la direccion de la nave de la iglesia, desde Parma, donde recibió la noticia del suceso, la comunicó á los cardenales que vagaban ocultos, y á los que estaban en Venecia, y al punto marchó á esa ciudad, libre casualmente de tropas, donde se juntó sin dilacion el Cónclave en la iglesia de San Jorge, pagando todos los gastos el generoso prelado, que estuvo en poco de haber obtenido la tiara con que al fin fue revestido el cardenal Chiaramonte, que tomó luego el nombre de Pio VII, no sin gran consuelo de los católicos y admiracion de los que no lo eran, que ya tenían por cierta la ruina del trono pontificio; y el digno instrumento de aquel Dios que conserva su iglesia en cumplimiento de su indefectible palabra fue en aquella ocasion nuestro cardenal de Lorenzana.

Después de esto, sosegados los disturbios, conociendo el cardenal que segun las miras de la corte ya no volveria á España, para mejor deshacerse de todos los vínculos de las grandezas humanas, renunció el arzobispado, para el que fue inmediatamente nombrado el cardenal D. Luis de Borbon, primo de Carlos IV, en 20 de noviembre de 1800. Dicho D. Luis habia sido educado y dirigido, junto con sus dos hermanas, por Lorenzana, después de muerto su padre el infante D. Luis en el destierro de Arenas; y conociendo de antemano que seria su sucesor en la dignidad que ocupaba, procuró por todos los medios posibles imprimir en su alma las dotes precisas á tan elevado cargo.

Libre ya de cuidados se dedicó con ardor á cumplir sus oficios de cardenal, asistiendo á las muchas congregaciones y cargos que se encomendaron á su cuidado, y á distribuir sus rentas en obsequio de la humanidad. Mas no se olvidó, á pesar de eso, de su iglesia de Toledo, á la que tenia particular cariño, pues aun en aquellos pocos años recibió muestras de su generosidad, mandando á la biblioteca del cabildo los preciosos códices chinos, hebreos, árabes y caldeos, junto con otra esquisita porcion de manuscritos, que á toda costa adquirió de la escogida librería que fue del cardenal Zelada; y siendo ademas amante y protector de las artes, compró el soberbio mosaico, que representa una virgen de la Concepcion, el mas grande que se conserva en Europa, y le regaló á la capilla Muzárabe de su catedral, donde se conserva. Costó ademas la impresion de todas las obras que en Roma publicó el P. Arévalo, que fueron todas las poéticas de Celio Sedulio, sacadas de los códices vaticanos; las del poeta C. Ventio Aquilino Juvenco, presbítero español y primer poeta cristiano; las de Dracontio y M. Aurelio Prudencio; todas las obras de S. Isidoro; la gramática y poética de S. Julian; y por último, deseo de la perpetuidad del venerable rito Muzárabe, habiendo ya dado á la prensa el breviario, quiso hacer lo propio con el misal, obra que aun pensada de mucho tiempo hacia, no pudo llevarse á cabo sino en esta época, haciéndose la impresion en el último periodo de su vida, en términos que el dia antes de morir corrigió el último pliego de dicha

obra, y al siguiente, que fue en abril de 1804, falleció este insigne varon de edad de 76 años.

Su humilde sepulcro se encuentra en la Basilica de Santa Cruz in Yerusalem con este sencillo epitafio, que le ennoblece mas que los títulos de que fue adornado.

"Aquí yace el padre de los pobres."

Algunos meses después, el citado P. Faustino Arévalo pronunció en la academia de la religion católica, sita en Roma, y fomentada por el difunto cardenal, una oracion latina y panegirica en loor de un prelado tan insigne; pero cuanto allí se contiene y cuanto mi débil pluma pudiera añadir en su obsequio, es nada en comparacion de lo que se merece este español singular que protegió al propio tiempo al desvalido, al artista y al erudito.

N. MAGAN.

## ESPAÑA PINTORESCA.

### ALCALA DE GUADAIRA Y SU CASTILLO.



Sobre lo que sea buscar el origen de esta poblacion antes de la dominacion de los árabes, será caminar entre oscuridad y densas nieblas de conjeturas aisladas: no negaremos por eso que en lo antiguo hubiera poblacion, pero seria de tan poco nombre, que no ha merecido relacionarse. La época, pues, de Alcalá comienza desde la espresada dominacion agarena; á ella le es deudora de su nombre, de su comercio, y de su temida y robusta fortaleza. La civilizacion, que para aquellos tiempos era admirable, y que á par de las armas introducian los invasores, y los adelantos que en las artes y en las ciencias poseian, fueron las hermosas plantas que aclimataron en nuestro suelo, dejando por todas partes, señaladamente en Andalucía, las huellas de su paso en los innumerables monumentos, que aun permanecen émulos del tiempo y de los trastornos de los pueblos. Prueba de esta verdad es Alcalá, que durante el largo espacio de 532 años que sufrió bajo el dominio de los moros, se hizo, en una palabra, poblacion de fama, cuando antes nada era.

Puede asegurarse que la fundacion de Alcalá es puramente árabe; su nombre lo es, que significa, segun Conde, *Castillo grande*.

Elévase la fortaleza coronando uno de los cerros mas escarpados de piedra viva, y el mas elevado de cuantos le rodean; baña el pie de esta eminencia el pintoresco rio Guadaira, cercado de frondosas huertas, cuyo verdor es eterno; formando con lo desnudo y árido de los cerros, que cercan y aprisionan el cauce, un contraste singular y extraordinario. La poblacion en lo antiguo ocupaba todo el cerro, el cual se veia cercado de fuertes murallas y torres que encerraban en su centro al pueblo, dejándolo al mismo tiempo aislado absolutamente del castillo; pues la comunicacion era por una puente levadiza, corriendo por aquel frente un profundo y ancho foso. En el dia ocupa Alcalá la cañada de dos cerros inmediatos por la parte del N., extendiéndose algun tanto hacia el rio al pie de la antigua poblacion: alli solo han quedado escombros, arcos, fuertes paredones; y entre estas ruinas se levanta la iglesia de Nuestra Señora del Aguila, cuya torre es gótica, así como



la capilla mayor: en el declive de la eminencia por el lado del río está la ermita de S. Miguel, siendo su campanario el resto inferior de una torre árabe, según lo manifiestan los arcos de las ventanas y la fábrica de ladrillo. En este campo solitario, y en donde el pie se asienta sobre ruinas, solo queda el recuerdo triste de un pueblo que existió.

La entrada del castillo está por la parte que era población, del modo y manera que vá indicado: antes de llegar á la puente había una muralla baja circular que defendía la entrada que está á un lado de la fortaleza: pasada la puerta, formada de un torreón que está arruinado, se llega á una angostura defendida por dos torres; pasado este sitio y otra puerta, se entra en la gran plaza de los *silos*, llamada así, por tres bocas que tiene hácia el costado izquierdo, frente de una torre, que dicen, é ignoramos el fundamento, que daban paso y camino hasta el río. A lo último de esta plaza se advierten ruinas de edificios bovedados, que los tenemos, como otros que se hallan repartidos por toda la obra, por los departamentos ó cuarteles indispensables y necesarios en esta clase de edificios. Hácia este lado hay una puerta que dá salida al cerro y á las obras exteriores de defensa. En el extremo del muro de esta plaza, y desde su alto, arranca un arco que dá paso al famoso *torreón*, dueño y rey de toda aquella mole: se compone de tres cuerpos; su posición es la mas avanzada, y su altura elevadísima; es el punto desde donde se domina cuanto rodea aquellas inmediaciones, estendiéndose á toda la campiña que cerca á Sevilla. En la plaza de los *silos* se vé la hermosa torre del *homenaje*, la pieza mas espaciosa de todo el castillo; es perfectamente cuadrada con dos cuerpos bovedados, cuyas bóvedas estan por tierra: tiene dos puertas, la principal que dá á la citada plaza, y otra pequeña que conduce á lo restante de la fortaleza. Esta parte se compone de otra plaza cuadrilonga, y de menos estension que la otra; en ella se ven tambien ruinas de las obras interiores que había. Todo el castillo es de piedra en sus esquinas, pilares y arcos, y algunos de los principales torreones, lo demas de argamasa: allí nada se vé árabe; pero no debe dudarse que en aquel tiempo hubo castillo en este sitio, sobre cuyos cimientos se levantó el castellano, según vemos en el día. Todo amenaza destruirse; no ha quedado almena ninguna; puede correrse la muralla en casi toda su estension. La construcción, aunque no es la mas esmerada, tiene la solidez y la robustez propia de un punto de defensa, toda la fortaleza se halla rodeada completamente de una segunda muralla exterior y baja, la que por algunos sitios se vé triplicada.

A cada paso se notan las varias obras que ha sufrido el castillo de Alcalá, ya con el objeto de repararlo ó de disponerlo para varios ataques y sitios: muchas de estas variaciones las creemos, como la mayor parte de la edificación, de mediados del siglo XIV, cuando los bandos del marqués de Cádiz y el duque de Medina, según indicaremos despues. Así que se observan cruces en las troneras; sitios para descargas de mosquetería, las armas de Castilla y de Leon en varios arcos y torreones.

El santo rey D. Fernando conquistó á Alcalá por los años de 1246, y desde entonces empezaron sus habitantes á trasladarse sucesivamente al sitio de hoy; sin duda por huir de los peligros que traen los asedios, y demas molestias y sustos de la guerra y de las conquistas. La toma de Alcalá precipitó la de Sevilla; de tanta consideracion era este punto en la guerra de Andalucía. El rey la destinó para su plaza de armas y alojamiento, mientras duró el cerco de aquella capital.

Han estado presos en esta fortaleza varios personajes, entre ellos el XIX maestre de Calatrava D. Diego García de Padilla, que lo fué por orden de D. Pedro, y murió en la

prisión en el año de 1368. El mismo rey hizo prender al arzobispo de Braga, D. Juan Cardellac, y lo mandó llevar al castillo de Alcalá, en donde estuvo en duras prisiones, hasta que lo sacó de allí D. Enrique. Algunos dicen, que por orden de su padre estuvo aquí recluso algun tiempo el tercer duque de Osuna D. Pedro Giron, llamado el *traviés*.

Entre los varios alcaides que ha tenido esta fortaleza, fue uno de ellos en el año de 1645, el poeta cómico Don Cristobal de Monroy y Silva, natural de Alcalá; cuyas composiciones no dejan de ser conocidas de los aficionados é investigadores de nuestro teatro antiguo; aunque su mérito sea mediano.

Don Enrique de Guzman, duque de Medina Sidonia, sucedió á su padre, que falleció en el año de 1468; y Don Rodrigo Ponce de Leon, conde de Arcos, y marqués de Cádiz al suyo, muerto en 1469: ambos herederos traian en sus pechos los rencores y animosidades que alimentaban sus progenitores: tales eran los crudos bandos de estas dos casas de Andalucía, en cuyos trastornos no dejó de figurar el castillo de Alcalá. Así que en julio de 1470 vinieron á las manos en la ciudad los de un partido con otro, y despues de cuatro dias continuos de tropelías, muertes y desgracias lograron reconciliarlos. Pero á los dos dias, á la hora de siesta, el duque acometió con los suyos el barrio del marqués; este se defendió por tres atrincherándose en las calles; pero habiendo sido reducido á corto espacio, y viendo los muchos partidarios del duque, abandonó á Sevilla, y salió por la puerta del Osario con 200 de á caballo, pasando al castillo de Alcalá, que lo tenia su cuñado Fernan de Arias de Sayavedra. Fortaleció el castillo con grandes obras que le hizo, y desde allí convocó el marqués á las gentes de su señoría, reuniendo en pocos dias 1500 lanzas y 2000 peones; y salió de Alcalá á 3 de agosto del citado año 70. El duque en Sevilla se apercebía para la defensa, pero el ejército del de Cádiz fue sobre Jerez y la tomó: partió de esta ciudad dejándola encargada á jente de su bando, y tomó la vuelta de Sevilla camino de Alcalá con 1500 caballos y 3000 peones. El duque, sabedor de todo, salió en busca de su mortal enemigo, llevando un ejército de 1300 caballos y mas de 10.000 infantes: se encontraron las dos huestes cerca de Alcalá, y hubo algunas escaramuzas; pero el marqués, con aquella sagacidad que le era característica, metió su gente en Alcalá, y obligó al duque á retirarse á Sevilla. Hubo treguas por cuatro meses, y al concluirse el marqués se encontraba en Jerez ordenando aquella parte para la guerra. Alcalá la guarnecian 100 lanzas mandadas por el citado Arias, que hacian daños extraordinarios por toda la campiña en sus continuas correrías. El miércoles santo del año de 1473 varios partidarios del duque salieron al campo en busca de los de Alcalá, con 150 caballos: Arias lo supo, juntó los que pudo de los suyos, y salió en busca de ellos; y el jueves fué el encuentro fatal para los del duque, que quedaron derrotados, y muertos las cabezas principales, que eran hermanos bastardos del duque. Sabido por el marqués este suceso, mandó se enviasen á su contrario en dos atahudes los dos cuerpos de sus hermanos, y así entraron por Sevilla. Creció el encono y la sed de venganza; el duque levantó doble gente; púsose sobre Utrera, y fingiendo iba sobre Jerez, revolió á Alcalá, que puso estrecho sitio, siendo el combate mas reñido por la parte de S. Miguel. El marqués voló al socorro de su castillo; pero hallábase á la sazón con el duque el conde de Tendilla mandado por el rey D. Enrique IV para tratar de conciertos de paz. El conde habló á los dos enemigos, y logró cuanto deseaba; tanto que ordenó que el marqués y el duque se avistasen cada uno con tres criados y sin armas en el castillo de Marchenilla, á corta distan-



cia de Alcalá, y que no saldrían de allí hasta que se tratasen las paces. Llegó el día señalado; se avistaron, y se celebraron los conciertos; con lo que concluyeron estos bandos que tanto aflijeron y tantos daños causaron á los pacíficos habitantes de la hermosa Andalucía.

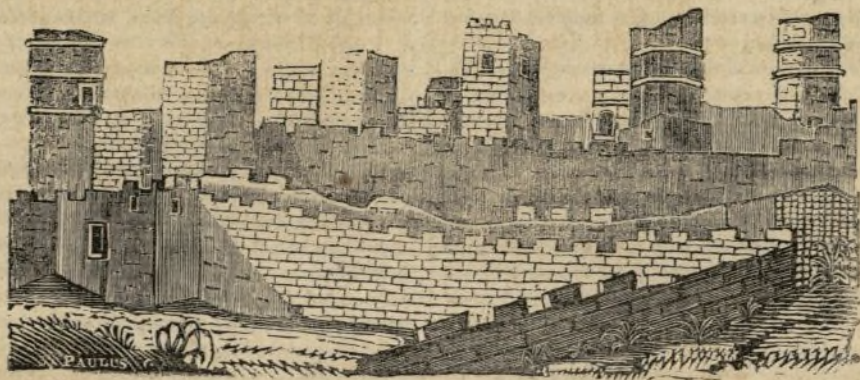
Después de los acontecimientos referidos, nada hay notable de este castillo, si exceptuamos alguno que otro reparo hecho por los franceses en la guerra de la independencia, con el objeto de defender aquel punto.

Los manantiales que nacen como por encanto en cualquiera sitio de Alcalá, es uno de los objetos que llaman mas la atención al que visita este pueblo. Prescindiendo del torrente, digámoslo así, que va hasta Sevilla, para lo cual se ven taladrados varios cerros de una manera prodigiosa é increíble; por cualquiera lado aparece el agua pura y cristalina, brotando abundantemente y con una riqueza tal, que no puede creerse: sirva de ejemplo el sitio llamado la *Mina* en el pueblo: *Oromana* junto al río y molino de este nombre: *Cartuja*: la fuente de la *Retanza*:

la de la *Judía* y otras infinitas; pues no hay casa, huerta ni sitio alguno que no presente su nacimiento de agua, reuniendo el estar todos estos sitios indicados en la posición mas amena, agradable y pintoresca que puede imaginarse: al ver tal abundancia de aguas, un escritor la llamó *fuerza perenne*. La labranza del pan es uno de los objetos de mas industria en este pueblo, pues surte de él á Sevilla diariamente; tiene para ello una infinidad de molinos en el río, que está todo represado de trecho en trecho: ó en los manantiales, tal es la abundancia. Desde la dominación de los árabes vienen los molinos en Alcalá, según se vé por el repartimiento: todos presentan por lo regular un torreón almenado.

La situación bellísima de Alcalá de Guadaira, su atmósfera purísima, sus contornos y paseos amenos y pintorescos, son otros tantos requisitos que hacen á esta villa una de las mas estimadas del delicioso suelo andaluz, distante de la capital dos leguas al Este.

J. COLON Y COLON.



(Vista del castillo de Alcalá de Guadaira).

## RECUERDOS DE VIAJE (1).

### V.

#### DE BURDEOS A PARIS.



TRAVESANDO el Garona por cima del magnífico puente de que queda hecha mención, abandona en fin el viajero la deliciosa ciudad de Burdeos, y su vista se recrea aun por largo rato contemplando en sus cercanías la esmerada cultura, las risueñas perspectivas, el sinnúmero de caseríos que esmaltan las praderas, la actividad, el movimiento y vida de la población, que tan cumplidamente hace sentir su presencia y los bellos trabajos de su industria. — Pásase luego desde el departamento de la Gironda al de Charente inferior, y algunos restos de Landas con su triste monotonía vienen á hacer todavía un ligero paréntesis á tan bella escena, hasta que ya cerca de la ciudad de Angulema vuelve á tomar sus risueños colores y ofrecer á la vista la riqueza de su vegetación. — Es por manera interesante el grato espectáculo que despliega esta antigua ciudad desde la elevada altura sobre que está edificada; y sobre todo, cuando dando la vuelta al pie de sus murallas, por una especie de terraza que la circunda, puede contemplarse en una larga estension los risueños valles formados entre los dos ríos, *Charente* y *Anguienne*; el curso caprichoso de estos,

y las escarpadas rocas que limitan el lejano horizonte. La ciudad por sí merece tambien la atención del viajero curioso, en razón á sus antiguos monumentos, entre ellos la hermosa catedral, y la singularidad especial de su caserío que se aparta notablemente de la regularidad y simetría tan comunes en las ciudades francesas. — Entre las muchas é importantes fabricaciones que se emplean en esta ciudad, es notable la del papel, cuyas manufacturas principales se hallan situadas en el arrabal de *l' Hormeau* y son célebres en toda Francia. Son en extremo interesantes y dignos de estudio los medios mecánicos y científicos empleados en la tal fabricación, y tanto mas para nosotros, cuanto que desgraciadamente es uno de los ramos en que nuestra España se presenta fuera del nivel de las demas naciones industriales. Todo el mundo conoce la hermosa calidad del papel francés y la belleza de las ediciones en que se emplea; pues en cuanto al precio, baste decir que el mejor que puede encontrarse en Madrid á 80 rs. resma es inferior al que en las fábricas de Angulema cuesta de seis á siete francos.

En la grande estension de 145 leguas francesas que se cuentan desde Burdeos á París, son muchos los pueblos y otros objetos notables que se ofrecen á la contemplación del viajero; mas su sola enumeración, además de enojosa, sería repetida, y repetida aquí fuera de su lugar. Por otro lado, no soy tampoco de aquellos viajeros que desde el ventanillo del coche á donde asoman rápidamente la cabeza, creen poder juzgar de la condición física y moral de los pueblos que atraviesan, ni de los que copiando las hojas de su libro itinerario adoptan y trasladan cándidamente su contenido. — Así, por ejemplo, de la ciudad de *Poitiers*, antigua y célebre en la historia de Francia, solo puedo decir que me pareció decaída y solitaria respecto á su inmen-

(1) Véanse los anteriores artículos en los cinco últimos números del Semanario.



a estension, y que al atravesar la inmediata de *Chatellereault* (si hubiera sido la primera vez que lo hacia), acaso hubiera experimentado nada grata sorpresa al ver avalanzarse á los estribos del coche multitud de hombres, mujeres y niños, que introducen por sus ventanas, cuál una afilada nabaja, cuál un agudo puñal, aquel un corta-plumas de veinte hojas, este unas enormes tijeras. Pero no espermenté aquel efecto, sabiendo ya de antemano que llegaba al Albacete francés; esto es, á la ciudad cuchillera por excelencia, célebre por el temple de sus aceros, y en la cual, así como en la nuestra del reino de Murcia, el puñal y la nabaja son una mercancía inocente y que todo viajero está obligado á sostener. Sin embargo, si el extranjero es polaco y llegan á olerlo los de *Chatellereault*, acaso aquellos utensilios no permanezcan tan inocentes en sus manos, gracias á un profundo resentimiento que de padres á hijos se ha transmitido contra los de aquella nacion, por cierta jugarreta parecida al robo de las Sabinas en la antigua Roma, que un regimiento de la guardia imperial, de no sé que nombre acabado en *ski* dispuso y realizó con las mujeres de aquel pueblo en un dia de facion.

La ciudad de *Tours*, cabeza del departamento de *L'Indre et Loire*, sentada á la orilla izquierda de este rio, es sin duda una de las mas bellas poblaciones de la Francia, por su bella situacion en medio del delicioso jardin de la Turena, y la elegancia y gusto de su construccion. La calle principal de la ciudad que la atraviesa rectamente en toda su estension de mas de un cuarto de legua, desemboca por un lado en el camino de Poitiers y por el opuesto en el gran puente sobre el Loire; es lo mas bello y aun magnifico que imaginarse pueda, por su considerable estension, su perfecto alineamiento, y la belleza de los edificios que la decoran, y aunque el resto de la ciudad no responde en lo general á la suntuosidad de esta entrada, vá sin embargo reformándose con arreglo á los preceptos del buen gusto. El aspecto general de la poblacion y sus contornos considerados desde el hermoso puente de piedra (el segundo de los franceses despues del de Burdeos), es sobremanera interesante por la bella agrupacion de los edificios, sobre los cuales se destacan las altas torres de la catedral, y á su pie el apacible rio cubierto de barcos de transporte, y una isla deliciosa formada en el medio de sus aguas, la frondosidad del inmenso arbolado, la profusion de quintas colocadas en las situaciones mas pintorescas, y embellecido todo con los colores de un sol resplandeciente, de una atmósfera pura y serena.

Paseando por sus orillas á la caida de una tarde de agosto, trasladábase mi imaginacion á las encantadoras márgenes del Guadalquivir, y como que se lamentaba en silencio de que ya que el cielo bondadoso presta iguales y aun mayores dones á nuestro suelo, no sepamos aprovecharlos, revistiéndole de aquel apoyo del arte, de aquella seguridad y proteccion generosa que necesita para desplegar sus encantos y hacerlos accesibles al hombre. — Engolfado en estas consideraciones di luego la vuelta por los lindos paseos que rodean la ciudad; penetré en sus calles, cuando ya estaban iluminadas por un gas resplandeciente; recorrí sus hermosos cafés; asistí al teatro, y en todas partes hallé una sociedad tan elegante y animada, que mas que en una ciudad de 23.000 habitantes parecíame estar en un pueblo de cien mil. Pero esto se esplica diciendo que son infinitos los forasteros, que atraídos del clima apacible, de la campiña encantadora, que hacen de *Tours* una morada tan favorable á la salud y tan propia para gozar de los placeres de la vida, vienen á ella constantemente á pasar una parte del año, acabando muchos por fijarse allí por toda su vida. — Hoy se cuentan cerca de dos mil ingleses que han hecho en *Tours* y sus cercanías considerables adquisiciones, han edificado casas magnificas, quintas deliciosas, y vienen

constantemente todos los años con sus familias, ó se hallan resueltamente establecidos en la ciudad.

Si algun dia la mejora de nuestros caminos, la multiplicacion y facilidad de las comunicaciones, la seguridad personal, el establecimiento de buenas fondas y paradores, la tolerancia y los buenos modales en los paisanos, y el interés, en fin, bien entendido, del pueblo en general, llegan á hacer accesible nuestra España á los viajeros *touristas*, especialmente á los ingleses, para quienes es insoponible la idea de privaciones, de inseguridad y de desaseo, ¡qué manantial tan inagotable de riquezas no abrirían á nuestro pais centenares, miles de aquellos ricos huéspedes, que huyendo del monotonó espectáculo de su cielo nebuloso, y en busca de nuevas y gratas sensaciones, abandonan al caer del otoño las húmedas orillas del Támesis ó los feudales castillos de la Escocia, embárcanse en *Douvres* con su familia, sus criados, sus perros, sus coches, sus muebles, sus vestidos y sus guineas, y descargan como nubes benéficas (aunque un tanto incómodas al que no ha de disfrutar de su rocío), ya sobre las frondosas orillas del Loire y del Garona, ya sobre las pintorescas cumbres y las benéficas aguas del Pirineo francés; ó atraviesan los Alpes, y van á invernar como en una estufa en las islas de Hierres, ó en las bellas ciudades de Niza, Pisa, Florencia ó Nápoles! — Para todas aquellas afortunadas regiones la venida de los ingleses (y entiéndase que llaman ingleses á todos los extranjeros ricos), es un verdadero maná, una periódica cosecha que aguardan con impaciencia, como nuestros labradores el sol de agosto ó las plácidas lluvias de abril. Si halláramos medio, repito, de desviarlos de su rápido é inmemorial itinerario; si por ventura al contemplar el Pirineo, pudiéramos hacerle desechiar todo temor de peligro ó de sinsabores, y empeñarles á atravesarlo y visitar las hermosas y pintorescas provincias Vascongadas, las severas Castillas y la animada capital del reino, el pensil de Aranjuez, la frondosa Sierra-Moreña, Córdoba la oriental, la imperial Sevilla y deliciosa Cádiz, las árabes Granada, Málaga, Almería y Valencia, la industriosa Barcelona, en fin, y su bellísima costa, para continuar luego por Marsella el resto de su círculo, ¡cuántos y cuántos, prendados de los encantos de nuestro suelo, darian por satisfacer su curiosidad, por colmada su admiracion, y renunciarían gustosos á ver mas, repitiendo sus visitas ó fijándose entre nosotros y desplegando su gusto y su magnificencia en los cármenes de Granada, ó en las deliciosas márgenes del Betis!...

Todas estas y otras muchas consideraciones bullian aun en mi imaginacion, cuando al siguiente dia, subido á lo alto de las torres de la antigua y célebre catedral de *Tours*, veia desplegarse en mi derredor el rico panorama de su campiña, semejante en lozanía á los que desde las alturas del Miquelete ó la Giralda me ofrecieran la huerta valenciana ó las orillas del Guadalquivir; pero muy superior á ellos en la animacion y riqueza que le presta el innumerable caserío que en una estension de algunas leguas se alcanza á ver, y hace aparecer mezquino á su lado el considerable recinto de la ciudad.

La catedral, como todas ó la mayor parte de las francesas del género llamado gótico, ostenta una imponente masa, una rica portada, y dos elegantes torres de delicado trabajo; pero en el interior ofrece la misma desnudez, el mismo no se qué de yerto y cadavérico que suele observarse por lo regular en la mayor parte de los templos franceses. — Bajo este aspecto ¡cuánta es la superioridad de nuestro pais sobre aquel! — Nuestras catedrales, no solo son delicadas páginas del arte, ofrecidas á la imaginacion del viajero; no solo son museos riquísimos de todas las épocas, de todas las aplicaciones del genio; no solo son tesoros de



riqueza donde se ostenta la piedad y la poética imaginación de nuestro pueblo; sino que son también dignos altares del altísimo, por su religioso recogimiento, su olor de incienso, los cánticos que resuenan constantemente bajo sus bóvedas, las antorchas que lucen en sus altares, las efigies que ocupan sus capillas, y el pueblo numeroso que reza arrodillado á sus pies. — Díganlo Toledo, Burgos, Sevilla, Leon, Santiago, Tarragona y todas las demas que pudiéramos citar. — En los templos franceses, si se contempla la fachada y se sube á la torre, se ha visto el templo bajo el aspecto del arte; si se atraviesa un friísimo y desierto salón cubierto de sillas vacías y guardado por un portero (*suisse*) con su gran banda, baston en mano, y sombrero de tres picos encajado en la cabeza, se ha contemplado la iglesia bajo el aspecto de la religion.

Regresé, pues, á mi hotel de la Bola de Oro á tiempo que sonaba la campana, señal de principiar la comida, y supuesto el ofrecimiento que tengo hecho á mis lectores, aprovecharé aquí la ocasión de borrar la escena que ofrece una de estas mesas redondas conocidas allá con el nombre de *Table d'hôte*.

Al sonido de la ya dicha apelativa campana, fueron descendiendo de sus habitaciones hasta dos docenas de huéspedes viajeros, de todos los sexos y procedencias posibles. Los ingleses, como es de suponer, estaban en mayoría (porque á cualquier parte del mundo á donde uno se dirija siempre ha de hallarlos con abundancia; gracias á la fecundidad de las severas hijas de Albion). — Distinguíase entre ellos una especie de obelisco humano, que empezando en dos botas de charol, iba á concluir á trescientas varas sobre el nivel del mar, en una calva reluciente, con algunos restos de cabellera, en otro tiempo rubia. A la altura de *Su Gracia* (porque por algunos trozos de la conversacion inferí que aquel telégrafo ambulante era uno de los ciento y tantos pares que funcionan en el alto parlamento), se elevaba una girafa con gorro de plumas, que segun pudimos advertir no era otra cosa que el inglés-hembra, y ambos formaban el par completo, subdividido despues hasta en el número de siete, por otros tantos *specimen* de la misma hechura, aunque de diversos metros y grados de desenrollo, los cuales venian á ser los frutos y renuevos de aquellos dos altísimos y sepulcrales cipreses. — Frontero de mí se veía un rotundo alemán, especie de mecánica *roulante* que andaba de pueblo en pueblo aplicando sus grandes conocimientos en tórculos, émbolos y cilindros, á todos los brazos de todos los rios, á todas las ruedas de todas las máquinas que encontraba á su paso. — A mi izquierda sentaban dos damas, madre é hija, primera edicion ajada y añeja aquella, segunda flamante correjada y enmendada esta; tipo móvil y vivo de las modas de la rue Vivienne y de la *Chaussee d'Antin*, en quien luego reconocí á la misma artista parisiense que habia oido en el teatro la noche anterior, y cuya celebridad, (aseguraba el cartel), se extendia desde las orillas del Newa hasta la embocadura del Misisipi, aunque creo que pasaba de incógnito por el espacio que media entre ambos rios. — Tres jóvenes bulliciosos y resueltos, de negras y rubias barbas, de flexibles y rizadas melenas, vestidos de cien colores, adornados de cadenas y sortijas hasta la punta de la nariz, representaban en aquella mesa la alegría francesa y los intereses del comercio y de la industria. Comisionistas-viajeros de las fábricas, se dirigian con sus grandes carteras de muéstras el uno á París, el otro á Nantes, el tercero á Bayona; y al paso que la muestra de sus telas y artefactos solian dejar también las de sus caracteres, desplegados franca y bulliciosamente en atronadora conversacion, ó en episódicos amores y grotescas aventuras con todas las Maritornes hosteleras, con todas las muñecas de almacén. — Vida alegre y peregrina cuyo recuerdo conservan aun, cuando ya blanqueada por

los años su cabellera y llenos por su industria los cofres, dan sueltas á la bandada de sus numerosos dependientes, para que sigan la fama de su comercio y las trazas de su cortesania.

Habia ademas en la mesa un médico *homeopático* de Berlin que iba visitando hospitales y haciendo nuevos experimentos de matar *por simpatía*. — Un filántropo *humanitario* de Nueva York que andaba investigando los medios de guillotinar al prójimo con mas comodidad, ó de encarcelar á sus semejantes sin luz, sin habla, sin aire, y sin alimento. — Un doctor en teología de la Sorbona que por fruto de sus meditaciones habia acabado por convencerse de que él era una segunda edicion del Mesias, y venia á Tours á establecer una cátedra de salvacion, á tanto al mes. — Dos periodistas parisienses que se dirigian á Tulle para asistir al célebre proceso de *Madame Lafarge*; de aquella alma cándida, de aquella muger *no comprendida* que acababa de robar unos diamantes por entusiasmo y envenenar á su marido por puro amor. — Los demas asistentes á la mesa hemos dicho ya que llevaban todos el sello de la fábrica de London; cuál perteneciente al género *dandy*; cuál al de *gent-lémen*; este al de *baronet*, aquella al de *lady*; estotra al de simple *miss*; y todos, por lo regular, venian á Tours tan solo por el gusto de apuntar un nombre mas en sus libritos de viaje, ó por tomar un baño en el Loire, el segundo en Bagneres, el tercero en Niza, y el cuarto en el Tiber, y luego subirse al Vesubio para enjugarse; ó correr despues leguas y mas leguas para llegar á tiempo de disputar el premio en las carreras de New-Marquet. — No hay pues que decir si con tan heterogéneos elementos ofreceria la mesa una escena curiosa, que yo traducia mentalmente al español, como único representante en aquel teatro del habla de Cervantes y de los garbanzos de Castilla.

Pero casualmente este de la mesa es un punto en que todas las naciones se parecen; quiero decir, que en cuanto al mascar y engullir no ofrecia nada de nuevo, pues la igualdad ante la ley del apetito todo lo nivela, y ni el inglés echaba de menos su *beasteak* y su *plom-puding*, ni el alemán su *choucroute*, ni el americano sus *ananas*, ni el español su olla podrida. — El lenguaje general era el que hubiera usado una comision de operarios de la torre de Babel despues que les sucedió aquel trabajo; mas en cuanto á pedir el plato al compañero, todos hablaban corrientemente el francés, y nadie dejaba en el tintero el *s'il vous plait* y el *pardon* de costumbre. — Las diversas fracciones se subdividian despues en varios apartes. — Los ingleses hablaban de politica con el americano; el médico prusiano hablaba de gases con el alemán; las inglesas no hablaban de nada, y los comisionistas franceses hablaban de todo. — El Mesias novísimo, intentaba inocular sus doctrinas en el alma de la actriz; y la madre de esta me habia tomado por su cuenta para averiguar si en España las mujeres llevan un puñal por abanico y los hombres un trabuco por baston. — Pero todos callábamos cuando comíamos (que eran los mas de los ratos), hasta que acabado el servicio cada uno se fue eclipsando *sans facon* y *sans compliment* (dos santos de aquella tierra muy santos y muy buenos pero muy mal criados), quedando solo en la mesa los ingleses, sin duda para enjugarse con unas cuantas botellas de Jerez y del Rhin.

Seria repetir lo ya dicho si hubiera de trasladar aqui las gratas sensaciones que experimenta el viajero atravesando el delicioso jardin de la Turena, siguiendo las magnificas orillas del Loire que mira siempre correr á su derecha, y costeando las pintorescas rocas que bordan el valle por la izquierda, á cuyas faldas se elevan una infinidad de edificios campestres, ingeniosamente conuinada su arquitectura con la desigualdad del terreno, y cuyas rocas forman en muchas de ellas parte de sus murallas; y todo esto por un número considerable de leguas hasta llegar á cansar la vista y fati-



gar la imaginacion. — Viene luego el soberbio camino elevado, conocido por el nombre de *leveés de la Loire*; el cual sirve tambien de dique para contener las aguas en tiempos de crecida, y tiene 22 pies de altura sobre el rio y 24 de espesor. — Páase despues, aunque rápidamente, por la antigua y célebre ciudad de *Blois*, célebre en la historia de Francia por sus turbulentos estados y la muerte del duque de Guisse, y continua luego el camino, siempre animado por la presencia del Loire y la hermosa vegetacion de la campiña, por la riqueza de sus pueblos, caserios y antiguos *chateaux*, (entre ellos el de *Chambord*, célebre mansion de Francisco I, hoy propiedad del duque de Bardeos), hasta llegar á la populosa ciudad de *Orleans*, notable por su estension, hermosa catedral y otros edificios antiguos, y mas que todo por ser la patria de la célebre doncella guerrera *Juana de Arco*, cuya estatua de mármol se eleva en un sencillo monumento colocado en la plaza *Mastrois*.

Orleans dista solo treinta leguas de París, y á cada paso que adelanta vá sintiendo el viajero la inmediacion de la ciudad gigante, del gran emporio de la cultura y civilizacion del continente europeo. — Los pueblos y caserios que se suceden, van tomando un aspecto aun mas importante y activo; los caminos se miran cubiertos de una multitud de carruages de todas formas, de viajeros de todos los paises; con los castillos y casas de placer alternan ya á cada paso las inmensas fábricas, los grandes establecimientos de educacion y de industria; las carreteras mas cuidadosamente reparadas, la propiedad mas subdividida, los cercados mas frecuentes, los mas mínimos trozos de terreno aprovechados

por la industria; todo dá bien á conocer la importancia y el valor del pais que se atraviesa; hasta que al llegar á *Bourg la Reine*, la imaginacion se reasume ya y encierra en este solo nombre.... PARÍS.

Con efecto, el viajero tiene delante de sí allá en el fondo de tan animado cuadro, aquella colosal ciudad, ensueño de su imaginacion, objeto de sus deseos. Todos los monumentos que le salen al paso, todos los sitios que pisa le son ya conocidos de antemano por los cuadros del artista ó por las relaciones del viajero; y sin necesidad de preguntar á nadie, adivina y reconoce que aquellos arcos monumentales que mira á su derecha, son los del acueducto de *Ar-cueill*; que aquellos palacios y bosques que tiene á su izquierda, son los de *Meudun* y de *Saint Cloud*; que aquel severo edificio que descubre en el fondo, es el hospicio y castillo de *Bicetre*; que aquella inmensa cúpula que se destaca en la altura de la ciudad, es la de *Sta. Genoveva*, hoy *Panteon Nacional*; que aquellas dos torres paralelas á su inmediacion son las de la *iglesia de S. Sulpicio*; y mas allá las otras dos célebres de la catedral de *Notre dame*, mira campear á su izquierda la elegante cubierta del *domo de los Inválidos*; admira en el último término la masa gigantesca del arco de la *Estrella*, y reconoce en fin que aquella verja que se abre delante de él es una de las entradas ó *barreras* de París (la barrera llamada *del Infierno*), y que un giro mas que dé la rueda de su coche, le dá ya en el recinto de la inmensa capital.

EL CURIOSO PARLANTE.



(Vista de París).

### ACLARACION.

En mi artículo sobre telégrafos españoles inserto en el número 20 del Semanario, por una equivocacion involuntaria dije que el telégrafo del Señor Santa Cruz usaba solo de cuatro signos, en lugar de siete: esto dió sin duda lugar á los SS. firmantes de la rectificacion que se insertó en el número siguiente para confundir dicho sistema con el del Señor de Lerena, que solo se valia de los cuatro signos. La lámina inserta representa el mismo telégrafo de campaña reformado con cinco signos, y cuyas cofas ó tableros son movibles. Con respecto á este y los demas particulares mas ó menos exactos que se sientan en mi artículo, podremos seguir la contestacion hasta la aclaracion de los hechos en

un periódico mas análogo por su forma á esta clase de polémicas; y una vez que los SS. firmantes de la rectificacion, han dirigido al *Corresponsal* un artículo que inserta en su número del 26 del actual, á dicho periódico acudiremos con la contestacion correspondiente.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

No permitiendo en efecto la forma y orden de nuestra publicacion la insercion de comunicados, los Señores Sta. Cruz y Lerena, que sucesivamente han dirigido dos á esta redaccion sobre el artículo de «telégrafos españoles» suscrito por el Sr. Navarro Villoslada, nos dispensarán que les roguemos acepten el medio que les propone el mismo autor del artículo en cuestion, escogiendo para ventilarla una publicacion cuyo periodo mas frecuente, mayores dimensiones y plan general, sean compatibles con esta clase de correspondencias.